Consideraciones en torno a la sexualidad en la pareja

Genoveva Amador Fierros

El tema de la sexualidad es un asunto complejo y un terreno espinoso para muchos mexicanos, por lo que me interesa aclarar algunos conceptos que a nivel popular no parecen estar muy claros. No pretendo profundizar en ellos, sino derivar, a partir de lo que se entiende por sexualidad, en una serie de consideraciones en torno a la problemática de lo que pudiera significar el conocer, disfrutar y compartir armónicamente la sexualidad en la pareja.

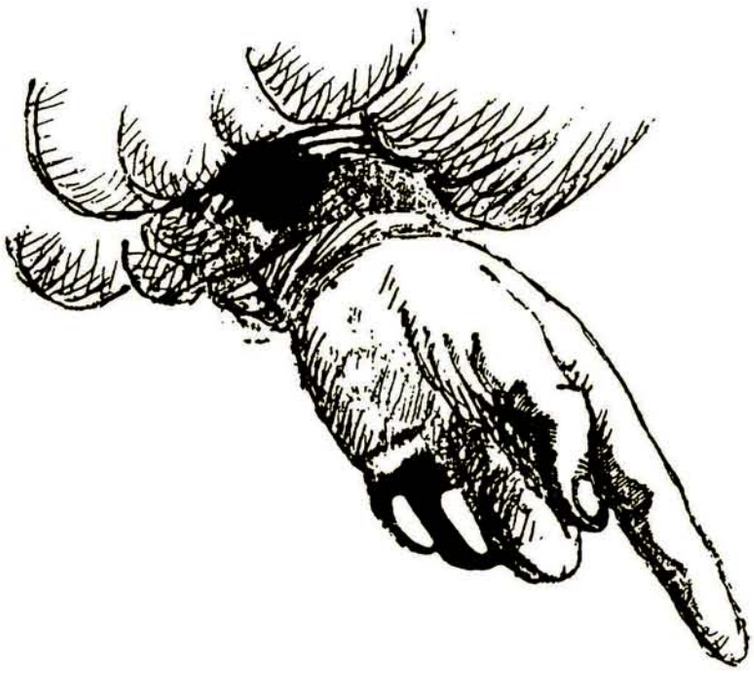
De acuerdo con Alvarez Gayou,[1] el sexo se define como la "serie de características físicas —determinadas genéticamente— que colocan a los individuos de una misma especie en un punto de continuo que tiene como extremos a individuos reproductivamente complementarios". El sexo, es pues, la parte biológica del hombre; a la parte social se le conoce como sexo de asignación, el cual está rodeado de una serie de actitudes y comportamientos de la familia y de la sociedad en general que se orientan a asignar al recién nacido lo masculino o lo femenino.

En este marco entran desde el obsequiar puros o chocolates, utilizar los colores rosa o azul, perforar los pabellones auriculares a las niñas; más tarde, la forma de vestir, e incluso el trato y los juguetes que se obsequian y se eligen en función de si es niña o niño. De manera que es la sociedad, partiendo de la familia, quien determina el sexo de asignación. Este contexto social otorga al infante una serie de vivencias psíquicas y emocionales que le permiten identificarse como hombre o mujer. A este proceso de identificación se le conoce como identidad de género y conforma la parte psicológica del ser humano.

El interés por identificar las partes biológica, social y psicológica del hombre en torno al sexo es porque precisamente el punto de convergencia entre ellas conforma la sexualidad.

La sexualidad, dice Alvarez Gayou,[2] "nos refiere al ser humano sexual que es, que piensa y que convive con otros seres humanos que también son, piensan y conviven [...] [de manera que] [...] concebimos la sexualidad como una serie de actitudes y conductas que el individuo adopta para sí y en sociedad frente al hecho concreto que es el sexo". De ahí que la sexualidad sea un asunto complejo. Todos, de alguna u otra manera, bien o mal, estamos incluidos no sólo por asumir, manifestar, disfrutar, juzgar o reprimir nuestra sexualidad, sino por el hecho de que en nuestra convivencia con otros actuamos, muchas veces sin percatarnos de ello, como educadores de la sexualidad.

Así es como constituimos lo que somos en el terreno de la sexualidad. Un terreno del cual todavía no podemos definir un perfil que nos ilustre objetivamente sobre la práctica de la sexualidad. Faltan estudios que la aborden en forma integral. La mayoría de los estudios hechos en Mé-



xico son de corte epidemiológico o demográfico —incluso sociológico—, pero no desde una perspectiva sexológica.[3]

Sin embargo, gracias a esos estudios conocemos una serie de problemas que nos pueden dar una idea sobre la forma en que asumimos y practicamos nuestra sexualidad y su relación con el peso cultural tan fuerte; incluso frente al hecho de que aunque se tenga acceso a la información ello no garantiza el cambio de hábitos y conductas.

Por ejemplo, el gobierno mexicano ha recibido felicitaciones por sus logros en disponibilidad de información y servicios de planificación familiar.[4] Sin embargo, en una encuesta realizada por la Secretaría de Salud se encontró, entre otros aspectos, un elevado porcentaje de mujeres que sin desear más hijos no usaban métodos para regular su fecundidad, embarazos en mujeres muy jóvenes, interrupción del uso de métodos anticonceptivos por razones diferentes a los procesos reproductivos.[5]

Al respecto, Giraldo Neira refiere que "nuestra cultura ha convertido a la sexualidad en un campo de batalla, en una lucha de fuerzas contrarias: la prohibición, la incertidumbre y el sentimiento de culpa por una parte, y por la otra, el deseo, la capacidad innata de excitación y la exigencia corporal, social y psíquica de satisfacción".[6] Coincidiendo con esta idea, el investigador Xavier Lizárraga[7] afirma que la sexualidad urbana tiene una doble moral donde "la gente no hace lo que dice ni dice lo que hace". Ello sin duda es producto de un bagaje cultural que ha convertido a la sexualidad en algo vergonzoso, vil y sucio. La sexualidad y el sexo tienen para la mayor parte de la sociedad una connotación coital, de ahí que cuando se tocan estos temas —y más aún cuando se orientan hacia parejas jóvenes y adolescentes— cierto tipo de público reaccione y se moleste con el argumento de que se está promoviendo la promiscuidad.[8]

Este tipo de mentalidades provocan actitudes y conductas que reprimen algunos intentos de poner en escena la contraparte, lo cual confirma la doble moralidad existente en nuestra sociedad. En este sentido me pareció interesante citar el comentario de una chica de 18 años entrevistada por la revista *Mañana*:

> En la prepa vinieron unos psicólogos a darnos unas clases de educación sexual. Se discutían las relaciones prematrimoniales y yo dije que estaba de acuerdo, que era importante conocerse antes de casarse. Desde ese día fui la puta de la escuela. Los chavos pensaban que se iban a poder acostar conmigo porque hablaba de eso.[9]

Mientras esto ocurre, en un marco donde se sigue considerando a la sexuali-

dad como algo prohibido y de lo cual sólo se puede hablar indirectamente, múltiples problemas —como la anorgasmia, dispareunia, impotencia, eyaculación precoz, por citar los más comunes— continúan haciendo infelices a muchas parejas.

Aunado a ello, existen evidencias de que en zonas marginadas las adolescentes y muchachas jóvenes sólo tienen como fuente de información en el terreno de la sexualidad a otras mujeres igualmente desinformadas.[10] Nadie puede asegurar que esto no esté ocurriendo en las demás zonas no marginadas. Así también se ha encontrado en estudios sobre fecundidad que la frecuencia de relaciones sexuales entre jóvenes y adolescentes va en aumento.[11]

Por otra parte, el síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA) está cobrando cada vez más víctimas entre la población de menor escolaridad y bajo nivel sociocultural. En 1985 este grupo —entre tres— ocupó el 16.5% de los casos, y para 1990 ascendió al 28.3%, lo que disminuye el porcentaje de infectados en los otros dos grupos de población, considerados con mayores posibilidades de información y mejor nivel educativo.[12]

Lamentablemente, como ya mencioné, no existen estudios que permitan hacer generalizaciones en el renglón de la sexualidad en México, pero los datos disponibles sugieren un complejo entramado de relaciones entre las que destaca el hecho de que en zonas marginadas y rurales la información está igualmente marginada, que la frecuencia de relaciones sexuales en la pareja es menor en comparación con zonas urbanas, que esta frecuencia de relaciones también disminuye en parejas con menor grado de escolaridad y que existe relación entre todo esto y el bajo nivel de aceptación de los métodos anticonceptivos.[13] Cabe señalar que los estudios de los cuales se derivan estos datos fueron diseñados con criterios de tipo demográfico, por lo que no se sabe si la frecuencia alta o baja de relaciones sexuales tiene relación con otras variables de tipo sexológico, como el conocimiento que tiene la pareja sobre su sexualidad, satisfacción sexual, armonía conyugal, etcétera.

Hasta aquí parecería evidente la conclusión de que las esperanzas de alcanzar la salud sexual se perfilan como elitistas, en favor de grupos con acceso a la información, alto nivel de escolaridad, mediano y alto nivel socioeconómico, de no ser porque existen evidencias —aunque de casos aislados— sobre situaciones en las que, teniendo pleno conocimiento de la sexualidad y un nivel profesional de estudios, la cultura machista tan arraigada en muchos sectores de la población mexicana es el obstáculo que limita un adecuado tratamiento de problemas como las disfunciones sexuales. No podemos, pues, esbozar conclusiones sobre un aspecto que todavía tiene muchos lados oscuros y que sigue confinado a un ocultamiento, incluso de frente a problemas que no sólo debieran discutirse públicamente, sino que separan a las parejas, deshacen matrimonios y en ocasiones conducen a la muerte.

Sin embargo, no parece haber voluntad política explícita para apoyar suficientemente no sólo el área de educación de la sexualidad, sino de manera importante investigaciones que permitan revalorizar a la sexología como una disciplina a partir de la cual se explican objetivamente las variables conectadas a los temores, vergüenzas, repudio; incluso hacia los temas que tienen que ver con la sexualidad en México.

No podemos soslayar el hecho de que hace quince o diez años estos temas no sólo se abordaban con recelo —incluso en el ámbito académico—, sino que las demostraciones de afecto entre las parejas en la vía

pública eran impugnadas con severidad. Hay avances en el sentido de que en algunos sectores se ha aprendido a demostrar afecto y a respetar las manifestaciones de afecto. Existe mayor tolerancia para abordar en ciertos tipos de público temas sobre sexualidad y se han incrementado las discusiones académicas y científicas en ese renglón. Aunque también impugnadas, por lo que terminan en la censura. Además se han hecho intentos por trascender el nivel de información para enviar mensajes educativos a través de los medios masivos de comunicación.

Todo ello no ha sido ni será suficiente si no se trabaja en un proyecto educativo, creativo e innovador que, considerando nuestro bagaje cultural y la heterogeneidad en las características del pueblo mexicano, permita a los niños crecer disfrutando de su sexualidad y a las parejas vivir y compartir una relación mutuamente enriquecedora.

Una relación en la que ambos conozcan sus cuerpos, disfruten su complementariedad, dialoguen y compartan sus deseos, que superen sus inhibiciones; en fin, que su capacidad para dar afecto sólo tenga el límite de su creatividad y valores compartidos. ♦



LA EXPULSION DEL JARDIN DEL EDEN

Notas

1. Según este autor, lo masculino y femenino son posturas absolutistas y por tanto las niega como únicas posibilidades. Alvarez Gayou, *Elementos de sexología*. Editorial Interamericana, México, 1987, p. 2.
2. *Ibid.*, p. 3.
3. Lizárraga, Xavier, citado en *Mañana*, 2222, mayo de 1993, p. 14.
4. México obtuvo el más alto puntaje por los citados logros entre 95 países en vías de desarrollo, con una calificación de 88 en un puntaje de 100, seguido por Cuba con 86 puntos. *Mañana*, 2220, marzo de 1993, p. 25.
5. Figueroa Perea, Juan Guillermo. "Investigación sociodemográfica sobre planificación familiar. El caso de la Secretaría de Salud." Revista *Salud pública de México*, volumen 32, número 9, mayo-junio de 1993, p. 355.
6. Giraldo Neira, Octavio. *Explorando las sexualidades humanas*. Trillas, México, 1988.
7. Lizárraga, Xavier, entrevista publicada en *Mañana*, 2222, mayo de 1993, p. 14.
8. En los centros de orientación para adolescentes como el CORA, a 15 años de su creación, existen obstáculos de tipo cultural que impiden llegar cada vez más a un mayor público.
9. Adriana, citada en "El sexo en México", *Mañana*, 2220, marzo de 1993, p. 24.
10. Estudio en proceso de CONAPO-UNESCO-Asociación Mexicana de Sexología. *Ibid.*
11. SSA-DHS (Demographic and Health Surveys), encuesta sobre fecundidad y salud, 1987.
12. González Blocki, Miguel; Liguori, Ana Luisa. "El SIDA en los de abajo", *Nexos*, volumen XV, número 185, mayo de 1993, pp. 15-20.
13. SSA-DHS, *op. cit.*